

GAVIDIA, UNA CONDUCTA

POR ITALO LÓPEZ VALLECILLOS.

Hemos leído acerca del maestro Francisco Gavidia, toda clase de elogios. Gran parte de la crítica, del comentario, a la obra de nuestro máximo escritor se refiere a su producción poética, al hallazgo e introducción del alejandrino francés en las letras españolas, a sus ensayos greco-latinos, a la amistad con Rubén Darío, a sus innumerables traducciones, etc. Otros han destacado en Gavidia al historiador, al filósofo, al políglota, al hombre de gabinete. Y no pocos se han referido a su extraordinaria paciencia, a su infatigable labor de prosista cuidadoso.

En verdad, Gavidia es todo eso y más. Es el poeta romántico, y el modernista precursor. Es el hombre de estudio y es, desde luego, el ejemplo edificante para la juventud literaria. Pero por sobre todos los aspectos, Gavidia es el ciudadano. Nadie como él ha tenido en El Salvador la idea clara, la concepción ecuménica de la polis, de la civitas. Podría decirse, sin eufemismo, que Gavidia antes que poeta, antes que escritor fue ciudadano en el más amplio y universal de los sentidos.

Conviene destacar en Gavidia no sólo el valor moral y cívico, sino

también la profunda y clara conciencia que había en él de que el escritor se debe, fundamentalmente, a su medio. Que no es cosa de irse a otra parte, sino de quedarse en su sitio, en lucha permanente por la cultura. La obra de la cultura, las letras y las ciencias, es tarea vital, primordial para la superación del pueblo

El escritor que emigra, que no se siente bien en su ambiente, ha traicionado la misión ennoblecedora de crear o ha vendido su conciencia a la comodidad. Gavidia pudo haber sido en Europa, mejor que ninguno otro de su tiempo, un gran filósofo, un gran poeta; más él desdeñó esas glorias. Gavidia amó y sirvió con afecto a la Patria, con pleno arraigo a la tierra, a la historia y al hombre que aquí, precisamente, construye su victorioso destino. Gavidia no fue un desertor.

Es el ejemplo más claro de una voluntad al servicio de las letras, no allá en Francia donde es fácil para un latinoamericano "jugar" a escritor, sino en su tierra El Salvador, donde no siempre se entiende al hombre de ideas y, donde una palabra puede conducir a la cárcel o al destierro.

Desde sus años de juventud, de adolescente, Gavidia tomó el partido de la dignidad, del civismo. Cuando apenas contaba 16 años, combatió con sus versos la dictadura de Rafael Zaldívar, aquel hombre culto que mandó el país como un bárbaro y un egoísta. ()*

Rebelde no por estar acorde a un proceso biológico, propio de la adolescencia, sino por ser la idea en él parte de su conciencia y voluntad, Gavidia combatió los cacicazgos y dictaduras. Su actitud de lucha y condena contra las minorías opresoras no fue el acto irresponsable, el brote enfermizo de un período de su desarrollo. Los rebeldes por impulso terminan en claudicaciones vergonzosas, en amanuenses oscuros de los que ayer no más combatían. Gavidia mantuvo una línea recta y constante; de él, precisamente, son estos versos dedicados al Gral. Fernando Figueroa, y publicados en el periódico clandestino "La Revolución" de 23 de mayo de 1885: ¡Ah! ¿Qué haces, Figueroa?/ ¿Pones mano sobre la obra del pueblo?/ Haces muy mal./ Quien asesta un fusil contra un hermano/ es un gran criminal./

¿Quién decía por ahí que las palabras "ignorante", "malvado", "estúpido" y "traidor" se leían mal en un poema? La fuerza, el contenido de estos versos, está precisamente, en ellas. Son, por lo tanto, indispensables, propias de la naturaleza poética aquí expresada: / Quien

(*) Zaldívar fue Presidente de El Salvador de 1876 a 1885

ahogue esa voz/con que indignado el crimen amenaza El Salvador,/ese es un ignorante o un malvado/estúpido, o traidor./

Ante la corrupción social y política, ¿para quién es esa admonición? ¿Quiénes han “impedido” que el pueblo alce la frente, ya no en el caso concreto de Figueroa, sino en la historia general de El Salvador? La pregunta daría lugar a un largo estudio, el poeta sintetiza la respuesta y dice: “quien protege al infame y al ladrón/merece manicomio, si es demente/si es cómplice, prisión.

La reconvención a Figueroa expresada en los tres cuartetos siguientes, pudiera ser, también, ¿por qué no? la reconvención a tanto hombre de Estado, a tanto político desvinculado de la voluntad popular. A todos esos líderes divorciados por completo de la realidad social, abanderados de la demagogia y la corrupción. Gavidia increpa a los grandes sordos del drama nacional: /Tú has podido ser justo, tener gloria/vengar al pueblo, respetar su voz,/ser grande, ser un brazo de la Historia,/cumplir la ley de Dios./

¿Por qué nuestros gobernantes no prefieren ser brazos de la historia, y por el contrario asumen el papel de verdugos y sicarios del pueblo? La confabulación en contra de los derechos de la mayoría ha sido norma de los que, por golpe de mano o por amañado procedimiento, han manejado los destinos del país. Algunos de estos gobernantes, salidos de los estratos mismos del sector menesteroso, llegados al poder han sido sordos, ciegos y mudos frente al tremendo problema social. Un afán egoísta se ha volcado en ellos, como para olvidar el drama popular. Gavidia, el apostrofar a Figueroa, le advierte: Pudiste ir con el pueblo, ser amado,/ restaurar fe, y honor, y lealtad/entregar al presidio su malvado,/y al pueblo restituir su libertad /

La exhortación final del poema, en momentos en que Figueroa como jefe del ejército se oponía a la revolución liberal, no puede ser más consecuente y hermosa: Puedes aún ser justo, tener gloria;/venga a tu noble patria, oye su voz/a esa revolución la ama la historia;/ella cumple una ley, la ley de Dios./

Partidario de la reforma democrática de 1886, Gavidia fue leal al espíritu que animó al régimen de Francisco Menéndez. Prueba elocuente de su participación cívica es la condena que hizo de la traición del 22 de junio de 1890 publicada en el periódico clandestino “El Porvenir”. Y es que Gavidia, al igual que Rubén Darío, se indignó ante el golpe artero de los Ezeta. ()*

(*) Francisco Menéndez fue Presidente de El Salvador del 22 de junio de 1885 al 22 de junio de 1890. Fue derrocado por un cuartelazo militar, dirigido por los Generales Antonio y Carlos Ezeta.

En lo mejor de su juventud Gavidia fundió junto con los doctores Hermógenes Alvarado p., Manuel Delgado, Antonio José Castro y Alonso Reyes Guerra, el semanario El Liberal (junio de 1901), tribuna de pensamiento abierta a la discusión y la polémica, en la que no sólo se advierte la seriedad en el análisis político, sino la identificación plena con el liberalismo de los mejores tiempos. Aquel liberalismo que propugnó por la igualdad, la libertad y la fraternidad en todos los campos y que, si no dio sus frutos, fue culpa de la miopía de élites intelectuales aristocratizadas, sordas a la necesidad social.

¿Qué ideas expresaban los redactores de El Liberal? ¿Qué ubicación tomaban en el pensamiento universal? En primer lugar señalaban que todos los hombres nacen iguales. La esclavitud, decían, en cualquier forma que se establezca, es una violación de los principios más elementales del Derecho Natural y un monstruoso atentado a la dignidad humana.

Respecto al sufragio reafirmaban su vocación republicana, e insistían en que todo poder emana del pueblo; que los funcionarios públicos no son sino delegados, y, por lo mismo, quienes hayan sido electos con el fraude y la coacción, no representan la voluntad nacional. Son meo instrumento de oligarquías contrarias al interés general.

Gavidia y el resto de liberales salvadoreños se adherían, desde luego, a la libre emisión del pensamiento, a la defensa y protección de la libertad de imprenta; en sus artículos y ensayos defendían los derechos por una irrestricta libertad de cultos, de libre enseñanza privada, asignándole al Estado la delicada función de educar al pueblo en la democracia y el laicismo. Consecuentes con los males del caudillismo y del presidencialismo, abogaban por la alternabilidad en el ejercicio de la Presidencia de la República.

Gavidia dejó clara constancia en El Liberal de su prosa combativa. Sus doctrinarios editoriales sobre el Habeas Corpus, la independencia de los poderes públicos, el matrimonio civil, el divorcio, la protección al trabajo y las garantías que deben rodear al trabajador, nos colocan frente a un escritor convencido del credo democrático. Apasionado y fervoroso, fue seguidor de las doctrinas de Locke, Hume, Voltaire, Rousseau, Diderot y Montesquieu, pensadores a quienes leía en sus propias lenguas.

Probablemente el poema "A Centro América" sea el que refleje con mayor ardor el sentimiento político de Gavidia, su preocupación por la suerte miserable del pueblo centroamericano, cuya unidad ha



sido rota por los intereses económicos en pugna, el localismo y la ambición de nuestros "guerreros" y "políticos". ¿Quién no está de acuerdo con Gavidia, cuando afirma:

"Centro América duerme
Silenciosa e inerme
El sueño del olvido de los mundos:
Sus pueblos son estériles llanuras,
Zaizales infecundos,
Temerosas y agiestes espesuras
Que hincha de negra savia el egoísmo;
Por esta selva lúgubre y sombría,
Su horrible paso en las tinieblas guía
Leñador infernal, el despotismo".

¿No es esa la descripción más exacta del área centroamericana? Más adelante, en la misma Oda, Gavidia pinta la realidad que le circunda. Sus versos debieran colocarse en monumentales caracteres a la entrada de todos los pueblos, ciudades y villorrios centroamericanos, para que, como esos anuncios luminosos, fuese recordatorio exacto de la situación angustiosa en que nos debatimos, y a cuyo cambio radical estamos todos obligados:

"Ved el cuadro, que aviva
En la conciencia pública extenuada
El rayo de una lumbre fugitiva;
Ved extender la historia
Su acusador legajo.
¿Qué veis? El crimen coronado arriba.
¿Qué veis? El crimen inconsciente, abajo.
Los tiranos, la plebe,
Todos, los oprimidos, los que oprimen,
Todo pasa y se mueve
En un sudario fúnebre de nieve
Que de gotas de sangre siembra el crimen".

En uno de los momentos de mayor inspiración, Gavidia escribe estas verdades que sólo la intuición del poeta, la sensibilidad del aeda pudo advertir con tanto acierto.

“Oh, no esperéis que el dedo de la suerte
 Os marque el ignorado derrotero,
 Mientras dormís en estupo inerte
 Y al borde del abismo traicioneo.
 El porvenir no llega, inesperado,
 Advenedizo sin misión ni nombre,
 Llega porque es llamado;
 Porque lo han engendrado
 El valor y el espíritu del hombre
 Y porque el hombre mismo lo ha creado.
 No es hijo el porvenir de la fortuna
 Ni es el azar el padre de la gloria,
 Ni va sin ley y sin conciencia alguna
 Sin fe e inteligencia,
 Trazando los caminos de la historia
 La mano de la oculta Providencia”

En el mismo poema, Gavidia lanza esta acusadora imprecación. Solo la sordera congénita de los intelectuales egoístas, la miopía de los estadistas y la desorientación de los políticos, pueden leer estos versos sin comprender su alto significado:

“Oh, minorías cultas, indolentes,
 ¡Minorías! la gloria será vuestra,
 Cuando inclinándoos sobre el pueblo rudo,
 Teniéndole la diestra,
 Hagáis del pueblo indestructible nudo
 Y halle en la unión impenetrable escudo
 La corrupción iónica y siniestra.

¿Qué dirán de estos proféticos y valientes versos las numerosas bandas de forajidos de la política, asaltantes del poder, sin escudo y sin

divisa? ¿Qué dicen de estas verdades nuestras los hombres que, de tiempo en tiempo, bajan o suben por las escalinatas de los palacios públicos, sin dejar huella, ni obra en beneficio de la colectividad? ¿Qué dicen de esto los civiles y los militares que, al servicio de minorías inconscientes, jamás han intentado identificarse con la necesidad popular? ¿Qué dicen de esto aquéllos que por un mal entendido egoísmo, por una vanidad sombría y estúpida, se han prestado a toda clase de despotismos, conculcadores del derecho y la democracia? Gavidia pide unidad en torno al pueblo, señala la urgencia de identificarse en la democracia, pide un lazo fraterno que haga posible el rescate de la "muchedumbre ignota":

¡Un alma para el pueblo!
 Ved lo que os pide el porvenir: un lazo
 Que estreche los espíritus y el brazo
 Y que os sostenga al ir hacia adelante:
 La democracia, formidable atlante,
 Invencible coloso,
 Vendrá, cuando en trabajo luminoso
 Concentréis el espíritu que flota,
 Como una fuerza cósmica gigante,
 En la dispersa muchedumbre ignota".

¡Cuánta sinceridad, cuánta verdad, cuánto civismo hay en estos versos! La sola lectura de ellos invita a reflexionar sobre la necesidad urgente, categórica, de introducir cambios fundamentales en las arcaicas estructuras semi-coloniales del país. Cambios de orden social dentro del marco democrático.

Gavidia tuvo en su vida gestos y actitudes que lo enaltecen. No sirvió a ninguna dictadura; por el contrario, rechazó siempre la idea de poner la pluma bajo la férula de las camarillas, los partidos, y los "hombres fuertes".

Cuando el Dr. Alfonso Quiñónez Molina le pidió a Gavidia que escribiera a su favor en la campaña presidencial de 1922, Gavidia le contestó con noble carácter y energía: "se equivoca, don Alfonso. Las letras no van bien, en este caso, con las anteojeras. Búsquese un plumario, hay muchos". Don Alfonso, que tenía muy en alto la sinceridad,

le dijo apartando las anteojeras del caballo: "no se me enoje, don Chico. Uno pide, si aceptan bueno. De todas maneras, admiro su honradez".

Estos hechos constituyen en la historia literaria de El Salvador, un claro ejemplo de rectitud, de firme convicción. Son testimonio elocuente de que su vida y su obra, respondían a un solo ideal. No había divorcio entre el trabajador intelectual y el honesto ciudadano. Ocurre a menudo en nuestros países que hombres de conducta privada muy dudosa, sostienen en público ideas generosas, o escriben bellos poemas de elevado propósito, en total y completo antagonismo con la ética y la moral.

Es importante en el arte la íntima correlación entre el autor y el producto de su sensibilidad e inteligencia. Si el poema, el cuadro, la escultura, el relato, responden a una realidad de la cual el artista es parte vital, lógico es que a éste se le exija plena y absoluta sinceridad en la elaboración de su obra artística.

La labor gavidiana responde perfectamente a los intereses, aspiraciones y contradicciones de la clase social a que perteneció el autor. Gavidia trabajó sus libros en medio atrasado, bárbaro, hostil en toda forma a las inquietudes intelectuales. De ahí su retraimiento, la búsqueda aislada entre libros y anaqueles, que le llevara hacia los hondos e impenetrables mundos de la sabiduría.

Gavidia vivió períodos de verdaderos cacicazgos políticos; y, no obstante, supo resistir el halago y la tentación de los poderosos, manteniendo una posición cívica, correctísima. No se le vio jamás acuerpando las reelecciones presidenciales, ni sirviendo a los partidos electoreros que tanto daño le han hecho al país. Retirado en su biblioteca, fue consecuente con su propio modo de pensar. A quienes se le acercaron en busca de orientación, les indicó siempre el camino de la dignidad y la homadéz política. Creía por otra parte que nuestros países, nuestros Estados, no habían alcanzado la mayoría de edad; y nuestras gentes andaban perdidas, ciegas, carentes del sentido de la realidad. La culpa, decía Gavidia, no es de la masa, del pueblo, sino de la minoría, de los dirigentes.

No es cierto eso de que Gavidia fue un hombre de anaqueles, de vida muerta. Fue, sin duda, un estudioso, un humanista, pero también lo fue con el alma y el cerebro puestos al servicio del pueblo. Lo más importante de su obra, precisamente, define este carácter ciudadano, democrático. Ahí está: Sóteer o tierra de Preseas (1949) para respaldar este criterio.

Los opresores
y los victoriosos.

Vamos a ver, ¿qué dicen de los que
¿oprimen?
Que dicen, ciudadanos, de los hijos del crimen?
No ves, no oyes, República que lloran?
Los hijos de los héroes que lloran
y que giran
La justicia está muerta, la ley es escoria, ¿no?
La conciencia jadeante, muda, entenebrecida,
Los corresponsales impuros y la Patria
Las almas sin virtudes, sin nobles,
y las bocas sin pan.

Francisco Gaudin:
San Salvador
2 de Noviembre de 1957.

Sóteer es la obra más completa de Gavidia. En ella sintetiza una vieja aspiración: cantar al Salvador, al héroe del pueblo. Sóteer es el caudillo que, al frente de las masas, lucha contra el despotismo, contra la opresión. La épica adquiere en Gavidia perfiles extraordinarios, aún no desentrañados por los críticos. Los diez cuadros de que consta Sóteer o tierra de Preseas no son sino la historia de un hombre amante de la libertad, cuyo sueño es dar al pueblo la paz, la dicha, la prosperidad que merece.

Gavidia no fue un hombre de cultura hacia adentro. No fue un devorador de libros a la manera de muchos de nuestros intelectuales, incapaces dar a los demás un poco de su emoción. Su vida la consagró a la investigación histórica, al estudio de las lenguas, de las costumbres y el folklore centroamericano. Producto de esa vocación de estudio es su Idioma Salvador, tan discutido como ignorado en sus alcances y proyecciones.

La conducta moral y cívica de Gavidia, poeta y escritor, respondió plenamente a su modo de vida, a su conducta privada. Y aunque no fue un militante, un combatiente de la calle, su posición de poeta demócrata estuvo siempre a la altura de todas las circunstancias.

De un valor permanente es su oda Los Abuelos y los Nietos, en la que con exacto sentido, exhorta, proclama:

*“Vamos a ver ¿qué dices de los que así te oprimen
¿Qué dices, ciudadano, de los hijos del crimen?
No ves, no oyes República! que lloran y que gimen
los hijos de los héroes que guiaba Morazán?
La Justicia está muerta. La Ley escarnecida.
La conciencia jadeante, muda, entenebrecida:
las costumbres impuras y la Patria sin vida;
las almas sin virtudes y las bocas sin pan.*

Los versos que transcribimos no pueden ser más elocuentes. Reflejan, denuncian un hecho social, histórico y actual. La crisis política que vivimos, la inversión de valores y categorías, el culto a la fuerza (el que apalea y mata es grande), el claro y evidente desprecio por el derecho, el culto al dinero y al poder (el fin justifica los medios), toda la descomposición producida por nuestras dictaduras, está aquí pintada en forma real y auténtica:

*El tirano está puesto, semejante a una araña,
en el centro; domina, traiciona, roba, engaña:
su red sólida y firme tiene una urdimbre extraña,
monstruosa, en que las almas se enredan, y él apaña,
dinero, fe, conciencia; con el bien, con el mal:
El es justicia y jueces, que los ha sobornado;
dice: yo soy la Ley, y yo soy el Estado;
soy la Moral; la Historia, porque yo la he comprado:
el que apalea y mata es grande: yo he matado,
¡salve al becerro de oro! ¡Hosanna al dios puñal!''.*

¿En qué época escribió Gavidia ese poema? No se sabe con exactitud. Algunos afirman que en tiempos de Zaldívar, otros que cuando los Ezeta; muchos declaran que en la administración Quiñónez. ¿Sería cuando el Gral. Martínez? ¿Cuando Osmín Aguirre? Quién sabe. Su valor reside, precisamente, en ser aplicable a todas esas dictaduras; y, desde luego, a las demás.

San Salvador, Junio de 1965.